

Introducción

Francisco Sierra Caballero
Universidad de Sevilla

Jordi Alberich Pascual
Universidad de Granada

El universo de la nueva mediación social es fundamentalmente proyectivo, al tiempo que prescribe la norma de consumo y prácticas reinantes de las distintas identidades culturales de forma sobredeterminada por la lógica de valor. La principal paradoja del nuevo escenario de la comunicación es que la fantasía electrónica del 5G nos emociona porque promete lo que nunca vendrá: la revolución cultural. Como Disney, el secreto del algoritmo está en la caja negra del deseo frustrado. Así, a fuerza de movernos en red, terminamos enredados. En la era del teléfono inteligente, las culturas tienden a ser objetivadas por la lógica de captura del capitalismo de plataformas. Todo lo más ha cambiado el modo de consumir y proyectar nuestras identidades. El problema es que estas transformaciones no han ido acompañadas de un marco normativo que regule y proteja los derechos ciudadanos en función de la necesaria participación igualitaria con transparencia y acceso verdaderamente democrático de todos los grupos y corrientes de opinión. Prevalece, antes bien, en Movilandia, una suerte de lógica de *No Man's land*, un vacío o territorio de nadie, en el que se impone la disputa sin reglas por varias facciones al asumir la supuesta incapacidad de controlar efectivamente el campo virtual donde la tecnopolítica impone una peligrosa dinámica que socava la legitimidad democrática. Es sabido que allí donde no existe protección legal, donde no quedan claramente definidos derechos y obligaciones, impera la ley del más fuerte, la de aquellos que disponen de *bots*, agencias y recursos para imponer su voz en lo que el filósofo alemán Jürgen Habermas hace tiempo

definió como privatización del espacio público, por la que se confunde la opinión pública con la publicación sobrerrepresentada de quienes tienen el poder de imponer su discurso. A veces de forma virulenta, y no hablamos de la dialéctica propia de la guerra fría entre Estados Unidos y Rusia, sino más bien como cabe analizar en la guerra silenciosa entre la Casa Blanca y Pekín. En este y otros conflictos difusos, se constata que la galaxia Internet es la era del *Big Data* y del Poder de Comando Informacional. Un tiempo marcado por la lucha o disputa por el código que afecta al conflicto en Cataluña tanto como a los golpes mediáticos a lo largo y ancho de América Latina.

Si el problema de la comunicación y la cultura en nuestro tiempo es la lucha por el código, objeto a su vez de un intenso intercambio, el reconocimiento y valoración de las diversas formas de control democrático de la red es un problema fundamental del sistema político en nuestro tiempo. No habrá confianza ni legitimidad democrática en un espacio privatizado, tóxico y sujeto a la manipulación de intereses inconfesables que se valen de la opacidad del algoritmo para imponer, de Brasil a Estados Unidos, de Hungría a España, la lógica sectaria de grupos de poder contrarios a la propia exigencia de escrutinio y diálogo público como parte de la cultura deliberativa que, desde las revoluciones liberales, han distinguido a nuestras democracias. Ello es posible por la propia naturaleza del sistema informativo que viene configurándose en torno a las nuevas tecnologías.

El cambio acelerado y transversal de los dispositivos comunicacionales de producción y reproducción de las sociedades modernas perfila en las últimas décadas un nuevo ecosistema cultural cuya configuración y lógica organizativa resulta notablemente compleja y socialmente difusa, demandando una investigación específica capaz de articular tanto la conceptualización adecuada como el análisis crítico de las bases discursivas e intermediales sobre las que éste descansa.

La incertidumbre derivada de la actual situación de transición cultural afecta por igual a los códigos culturales, a las formas de representación espacio-temporal, a los hábitos y prácti-

cas de interacción y conocimiento público y a los modelos de regulación y control social en torno a las redes e infraestructuras telemáticas, y se manifiesta en aceleradas transformaciones de la esfera pública y de las formas socioculturales dominantes en nuestra semiosfera que, sin duda, pueden ser calificadas con certeza de revolucionarias pues, de un modo u otro, alteran de raíz las relaciones entre capital, trabajo y conocimiento, y reestructuran, como resultado, los vínculos entre sistema social y medios de comunicación, condicionando los modelos de representación e identificación social, esto es, el modelo de mediación social, nuestras matrices culturales y, como es lógico, las identidades propias del sujeto posmoderno contemporáneo.

El desarrollo de la sociedad global de la información prefigura un nuevo escenario de transformaciones sociales y tecnológicas que demandan, desde la investigación social, otras miradas y nuevos enfoques teórico-metodológicos sobre el capital social y cultural a fin de hacer frente a los cambios que la revolución digital ha comportado para los marcos y para las fronteras culturales propias de la era contemporánea.

Las tecnologías de la información y de la comunicación han modificado hasta tal grado, estructuralmente, las formas de organización social que es preciso contribuir a pensar de otro modo el proceso de cambio social. La creatividad, la interactividad y el trabajo reticular son claves al momento de comprender las luchas por el código. Más aún cuando el poder se piensa y se ejerce en las redes de interacción de la era digital prefigurando, transversalmente, un nuevo horizonte cognitivo que está modificando los regímenes de significación y los modos de organización social que experimenta el actual contexto histórico.

La importancia hegemónica de los espacios radioeléctricos precedentes encuentra su continuidad y reinención con la institucionalización contemporánea de Internet, que les toma el relevo. La supuesta neutralidad de la red camina de forma acelerada en la última década hacia la consideración y naturaleza de un sistema monopolístico *de facto*, en el que los in-

tereses corporativos globales lastran las posibilidades de una comunicación libre y universal.

Tras la irrupción popular de Internet en 1996, y el auge coetáneo de las tecnologías de la información y de la comunicación, el acceso a la nueva era de la información fue saludado habitualmente como antesala y oportunidad histórica para el acceso de nuestras sociedades modernas a una plena 'sociedad del conocimiento'. Una sociedad en la que el conocimiento fuese cada vez más base, fundamento y guía del conjunto de los procesos sociales y de las acciones políticas y culturales en las sociedades modernas. El propio concepto de 'conocimiento' ha ocupado un lugar central en el debate contemporáneo tanto de las ciencias sociales, como de la política europea de las dos últimas décadas, a partir de su consideración creciente como principio estructurador en la sociedad, en la política, en el sistema económico y en los mercados.

En oposición al modelo informativo predominantemente sincrónico propio de los medios de comunicación tradicionales, ligado a un aquí y ahora en las emisiones y en la recepción, el uso de los nuevos medios digitales por parte de los agentes sociales abrió un horizonte informativo potencial de plena diacronía, esto es, la creación de espacios donde los ciudadanos pudiesen obtener información continua sobre aspectos de su propio interés, no sometidos a los arbitrios y estandarización propios de las grandes corporaciones, y donde poder profundizar en reivindicaciones como las que pudiesen surgir de los movimientos de acción global. Y por lo mismo podemos decir, pensando desde el campo social de la ciudadanía y el activismo digital, que la comunicación en la era Internet es un campo estratégico. Más aún, podemos afirmar que hace mucho tiempo que las redes son objeto de disputa con el despliegue bélico de la política por otros medios. A veces de forma virulenta. De ello ya hemos dado buena cuenta más que detallada en el libro *La Guerra de la Información* (Ciespal, Quito, 2017) o en el II Congreso Internacional de Movimientos Sociales y Tecnologías de la Información celebrado en Sevilla. Un encuentro que convocó a académicos, activistas, medios comunitarios y

profesionales del campo del periodismo y de la Comunicación Popular. En estas y otras iniciativas que hemos venido planteando, desde una perspectiva crítica, hemos podido constatar que, en los últimos tiempos, se observa una escalada militar de la llamada guerra silenciosa que pone en cuestión el espacio de la autonomía y las posibilidades de movilización en los canales y medios de la ciudadanía. Así quedó en evidencia en las sesiones de Move.net en la que participaron representantes de la Red de Medios Comunitarios (ReMC), académicos y activistas de la Red de Investigación en Comunicación Comunitaria, Alternativa y Participativa (RICCAP), y destacados activistas de la tecnopolítica como el cineasta Stéphane M. Grueso, el editor Amador Fernández-Savater, Emma Avilés (Xnet) o Pablo Martín (Enreda). De los discursos y conferencias expuestas durante el congreso, cabe cuando menos asumir tres lecciones fundamentales como retos o agenda para la acción: primero, no hay democracia sin liberar el código y establecer un marco civil de Internet (hoy dominado por los GAFAM y el control de Estados Unidos); en segundo lugar, sin pedagogía de la comunicación en las redes sociales no es posible un proceso de construcción de hegemonía para otra cultura posible y necesaria como modelo de mediación social; y, finalmente, si las futuras guerras del siglo XXI van a ser, como es previsible, por el agua, y los golpes mediáticos hoy se resuelven por vía judicial, ello será posible siempre y cuando el espacio a controlar, combatir y militarizar de Internet quede sujeto, como en su origen, a los intereses hegemónicos históricamente dominantes. Por lo mismo, los movimientos sociales y las fuerzas de progreso deben disputar el sentido de la red como un bien común y empezar a reivindicar, más allá del principio de neutralidad, políticas públicas que democratizen el sistema de telecomunicaciones y que, como advirtiera Morozov, fiscalicen la acción de inteligencia, videovigilancia y vulneración de los derechos humanos que las grandes corporaciones, el capital financiero, y sus ejecutores en los gobiernos, vienen implementando para encubrir el devastador expolio, como en España, de acumulación por desposesión. Este es en verdad el

nudo gordiano del *Big Data*, una realidad apenas enunciada desde la academia propensa —por la tendencial prevalencia del neopositivismo reinante— a celebrar los hitos de la nueva comunicación más que a pensar histórica y socioculturalmente los procesos emergentes que instituyen el actual sistema informativo. De hecho, veinticinco años después, en el marco de una plena dialéctica negativa, muchas de las promesas aparejadas a la emergencia de la sociedad de la información y del conocimiento han devenido quiméricas. Hechos y campañas de tanto calado en el escenario político y en la opinión pública nacional e internacional de la última década —como las elecciones presidenciales estadounidenses, el referéndum sobre la permanencia del Reino Unido en la Unión Europea, el auto-denominado ‘procés’ catalán, o el más reciente negacionismo vinculado a la pandemia de la covid-19— han evidenciado cómo —lamentablemente— en la sociedad contemporánea los hechos objetivos resultan crecientemente menos influyentes para la formación de la opinión pública que aquellos que apelan a emociones y creencias subjetivas. El propio diccionario Oxford declaró ‘posverdad’ palabra internacional del año 2016, y la desinformación, la ‘fake-science’, y las ‘fake-news’ (noticias falsas) dominan desgraciadamente el escenario informativo y comunicativo contemporáneo.

Los mismos avances tecnológicos y científicos que favorecieron el aumento de la importancia de la información y del conocimiento, están también hoy en la base del auge de la incertidumbre y de la manipulación informativa tan habituales en la sociedad actual. La irrupción acelerada de nuevos medios y herramientas comunicativas multimedia de alcance revolucionario, el caleidoscopio de software, aplicaciones y dispositivos comunicativos que dominan la semiosfera contemporánea, han favorecido tanto la irrupción de nuevas formas de conocimiento reflexivo y pensamiento crítico, como la inauguración de una larga serie de usos y opciones de signo contrario, dominadas por la falacia, el engaño, o la mentira. De la misma forma que ha crecido el saber y la conciencia sobre los riesgos de la sociedad contemporánea, han crecido igualmente en su

seno el no-saber, y la desinformación. Son sin duda tiempos de zozobra, cargados de peligros para todos aquellos que, desde la Universidad, estamos dedicados a la búsqueda, comunicación y defensa de la verdad.

Cuando redes sociales como Instagram, Facebook o Twitter se han convertido en canales globales de comunicación con el mayor tráfico imaginable a diario entre sus millones de usuarios; YouTube en el mayor contenedor y servidor de contenidos audiovisuales de la historia de la humanidad hasta la fecha, y las versiones digitales de los principales medios impresos en activas plataformas multimedia que superan y alimentan en mucho el radio de acción comunicativo de sus fuentes impresas precedentes desde una renovada globalización efectiva, la gran mayoría de las cuestiones importantes y de la denominada *agenda-setting*, han pasado a depender ya de las redes telemáticas.

Internet y las (hoy ya mal denominadas) nuevas tecnologías de la información y de la comunicación han posibilitado a lo largo de la última década una explosión comunicativa sin precedentes en la que el conjunto de los nuevos y viejos medios de comunicación digital han vivido y experimentado un periodo de ampliación y expansión de opciones y estrategias, de desplazamiento de anteriores territorios expresivos y lugares comunes, estéticos y culturales, hasta llegar a comportar un desplazamiento radical de su propia definición moderna.

Pero el poder que ha demostrado Internet para transformar la implementación de las practicas comunicativas previas, para establecer nuevas formas de relación social capaces de definir espacios de acción comunicativa inéditos, y para definir un nuevo tipo de acción comunicativa local-global, horizontal, de muchos a muchos, interactiva y asíncrona en el tiempo, lo ha demostrado y ejercido igualmente en su capacidad para abrir puertas a la exclusión por innumerables vías: carencias en la infraestructura tecnológica, existencia de obstáculos económicos o institucionales de acceso a la red, insuficiente capacidad educativa o cultural, o solidificación de desventajas estructurales en la producción de contenidos culturales por medios digitales

(Castells, 2013). Cada vez más, en todos los órdenes sociales y culturales contemporáneos, el hecho de quedar desconectado equivale crecientemente a quedar condenado a la marginación o al imperativo de búsqueda de un principio alternativo.

Fruto de los innumerables cambios vividos en todos y cada uno de los aspectos que definían los territorios y los espacios propios del trabajo creativo y cultural tradicional, en los que las barreras entre producción y autoproducción se difuminan, donde conceptos como usuario, espectador, audiencia y ciudadanía necesitan revisarse, y donde la discontinuidad y las evoluciones de firme acentuación tecnológica resultan tan extremadamente habituales y constantes, es cada vez más urgente repensar y reconceptualizar el conjunto de los procesos contemporáneos de mediación social.

El vasto, rico y creciente territorio social y cultural de naturaleza interactiva demanda de forma creciente una comprensión dominada por un renovado enfoque global e integrador en su relación con el (híper)sector multimedia. En oposición a la estructuración mayoritariamente jerárquica, normativa y/o disciplinar del modelo institucional moderno, la profusión de las nuevas las nuevas formas socioculturales dominantes espolea un proceso creciente de redefinición y reconstrucción revolucionaria de las bases discursivas sobre las que descansaba el proceso de reconocimiento, legitimación e institucionalización del propio ecosistema cultural. Es fundamental por tanto cartografiar y diagnosticar (críticamente) la nueva realidad y pluralidad gráfica, visual, y expresiva de naturaleza tecnopolítica, así como su novedad y distancia —al mismo tiempo interna y externa— con respecto a criterios, juicios y sistemas conceptuales previos, atendiendo tanto a las interrelaciones que se dibujan en su seno entre diferentes prácticas alternativas de autoproducción digital, como a las pertenecientes al ámbito más comercial dentro de procesos de industrialización cultural masiva.

Así, hemos de pensar procesos de control marcados por el exceso de información y la dictadura tecnológica de lo inmediato prefabricado, al tiempo que prever y plantear, en términos de

teoría normativa, problemas y amenazas varias a propósito de la industria de la intimidad que hace necesario el derecho al olvido digital, cuando no una nueva política de la esperanza en tiempos de distopía y renuncia a la construcción histórica. De hecho, hoy nuestras pantallas nublan la visión política, incluso de la izquierda, proclive —como es esta economía de la distracción— al nihilismo y la voluntad negacionista, que no al pensamiento negativo. De hecho, la tecnopolítica es crecientemente paranoica. Estudios de la Universidad de Cambridge así lo corroboran. En Gran Bretaña, por ejemplo, el 60% de la población cree en la teoría de la conspiración como principal causa explicativa de los acontecimientos políticos locales, sin más orientación que el desnortamiento generalizado. Quizás por ello la propia industria cultural nos muestra en pantalla lo que apenas empezamos a intuir: la crisis terminal de la civilización capitalista. Series como la producción francesa de Canal+, distribuida por Filmin, «El colapso», ilustran en este sentido la coyuntura crítica de lo que está por venir. Del supermercado y el desabastecimiento, a la huida a los territorios vacíos y la vuelta al estado natural, estamos en el terreno, como apuntara Castoriadis, de la disyuntiva *Socialismo o Barbarie*.

En definitiva, en la era del ocio fordizado, del turismo de masas, del Golden Visa y la economía uberizada, la amenaza del tiempo y espacio comunicacional colonizado ha de hacernos pensar qué está en juego en esta lógica transmedia, en términos de medios y mediaciones para una alternativa sostenible de vida en el planeta. Y que, en clave nacional, da qué pensar cuando sabemos que, según el Instituto Reuters, el 58% de los españoles usan las redes sociales como la principal fuente de información, siendo el resto de consumo básicamente de televisión, del duopolio audiovisual, lo que reduce el margen de criticidad de la ciudadanía ante los mensajes consumidos según la lógica de producción del consentimiento. Transformar el mundo que habitamos es luchar contra esta economía política del tiempo informativo aceleracionista y mercantil que concibe el minuto y el *prime time* como acumulación de oro y capital. En juego está el sentido de la

comunicación como hábitat, como refugio común para entendernos y saber vivir frente a la forma vampírica de las redes insostenibles para el buen vivir. Ello pasa sin duda por abrir el campo de estudios a formulaciones que vayan más allá del empirismo pragmático de la investigación administrativa, redefiniendo el campo cultural y sus mediaciones desde otras matrices epistémicas.

Debe eludirse, por ejemplo, una concepción rígida del conjunto de la cultura contemporánea, así como una visión segmentada y homogénea de sus agentes. Deben tenerse en cuenta e incorporarse en su conceptualización una larga serie de posibilidades híbridas, difusas, mixtas, cada día que pasa más factibles, amplias y diversas para la creación y la difusión de nuevos contenidos gracias a la comunicación en red. Unas posibilidades que apuntan igualmente la necesidad y exigencia de reestructuración global del sector de los medios de comunicación corporativos, en especial de las estrategias de acceso y mediación a sus contenidos, de resultados de las nuevas y cambiantes direcciones que abre Internet desde su consideración como hipermedia revolucionario, substrato y catalizador de la definición presente del sistema social, motor tanto de una larga serie de desplazamientos negativos en los que está en peligro nuestra autonomía social y cultural, como de la emergencia y desarrollo positivo de una cultura colectiva de naturaleza colaborativa a escala global, libre, desinteresada, cuando no directamente altruista, en la que se prefiguran la posibilidad de crecimiento del procomún y de la cultura libre.

Una larga serie de obras, proyectos e iniciativas culturales de todo orden y condición testimonian a lo largo de las dos últimas décadas la vitalidad de este nuevo campo cultural de creación y producción colaborativa que encuentra sus fundamentos teóricos, éticos e ideológicos en el substrato discursivo del movimiento del software libre promovido desde la Free Software Foundation y la Open Source Initiative; en el auge de colectivos en defensa de una cultura del dominio público y del bien común digital, así como en la emergencia de iniciativas por el conocimiento libre como las ejemplificadas por las

Creative Commons Licenses, el proyecto Science Commons, o la Open Knowledge Foundation, entre otras.

La sociedad red contemporánea ha sido testimonio de la emergencia y desarrollo, en su devenir, de significativos procesos y modelos de creación y producción abiertos y participativos. La irrupción y auge de numerosos proyectos de tipo *crowdsourcing* constituye una de sus cristalizaciones más evidentes. Tanto los elementos necesarios en las dinámicas productivas de tipo bazar —un gran grupo de colaboradores, un coordinador y un medio de comunicación para estar interconectados—, como los principios que articulan las iniciativas de código abierto —transparencia, participación, colaboración, y libertad—, resultan crecientemente exportables y aplicables al desarrollo de proyectos en cualquier ámbito cultural.

El desarrollo creciente de proyectos culturales inspirados en el conjunto de los elementos y los principios-guía de la escritura de código abierto ha fundamentado a su vez la necesidad de explorar e implementar nuevas estrategias de microfinanciación en masa, o *crowdfunding*, en el seno de las industrias creativas contemporáneas. Por medio del *crowdfunding*, proyectos individuales y empresariales de todo orden y condición son financiados con pequeñas contribuciones procedentes de un amplio número de individuos, como esfuerzo colectivo de financiación al margen de los intermediarios tradicionales (bancos, empresas capitalistas, accionistas), descentralizando con ello el rol de las fuentes tradicionales en el proceso de financiación.

Su vitalidad en la última década resulta un claro exponente de los intensos procesos de cambio y redefinición de roles en las industrias creativas contemporáneas que los procesos productivos de colaboración imprimen, tal y como los estudios precedentes de Hartley (2008), Christopherson (2008), o Tapscott y Wilkins (2010), entre otros, han evidenciado. Ha resultado clave para ello la revolución que ha supuesto la denominada web 2.0 (O'Reilly, 2007) para propiciar el auge y vitalidad contemporánea de estas nuevas formas emergentes de financiación colectiva en red, en sinergia tanto con el incremento

de los sistemas de pago online que facilitan la transacción entre creadores, como con las nuevas formas de comunicación que superan las distancias y la dispersión geográfica.

El presente volumen ofrece a continuación una colección de trabajos originales de teoría, metodología y análisis de la nueva mediación social centrados en problemas filosóficos y conceptuales propios del universo digital en relación con la cultura humanista, en los modelos de organización, y teoría y práctica de la de la cibercultura; en memoria digital y transcultura; en las nuevas identidades culturales propias de la ciudadanía digital; en redes sociales y subjetividad, así como en prácticas y procesos de remediación, hibridación y transmedialización. Buscamos con ellos contribuir a la necesaria concienciación sobre los efectos que plantean de forma creciente los nuevos entornos digitales a escala social y cultural, así como a la alfabetización cultural y tecnológica sobre el conjunto de los nuevos modos de producción, distribución y circulación de contenidos culturales propios de la cultura de la convergencia, y sobre las nuevas claves y dinámicas de mediación y remediación social que éstos promueven y prefiguran a partir de la redefinición de un amplio abanico de conceptos y categorías utilizadas (demasiado) habitualmente de forma acrítica.

La liquidación de la presencialidad, la preeminencia de la cultura audiovisual, la pérdida de jerarquías culturales o la actual significación cultural de nociones como *red*, *enlace* y *nodo* son tan sólo algunos de los nuevos lugares que la era digital sitúa en el espacio discursivo central para la mediación social y la identidad cultural, pues no existe hoy ninguna práctica discursiva que no se haya visto profundamente afectada por la implantación de las llamadas TIC sobre las que no resulte necesario (y prioritario) investigar hoy su apropiación, resignificación y reconfiguración por parte de los diferentes actores sociales que entran en juego. Nos encontramos, asimismo, en un momento de transición en el que las propias prácticas tecnopolíticas coexisten y convergen con una activa renovación y modificación gradual y consistente de la gestión y valor del tiempo y del espacio, recombinada a su vez con el contexto co-

mún de profusión de pantallas, de fin del público de masas, y de explosión y fragmentación de las opciones, canales y medios de información y comunicación.

En tanto que objetos de estudio esencialmente poliédricos, las nuevas prácticas tecnopolíticas no son el efecto de un mero determinismo tecnológico, sino que aparecen igualmente determinadas por los propios usos y apropiaciones que los diferentes actores sociales hacen de Internet dentro de los contextos culturales más amplios en los cuales se inscriben éstas, y que a su vez contribuyen a (con)formar. Pese a la destacada significación de los crecientes procesos y productos en línea como objetos de estudio, no hemos de perder la perspectiva fuera y dentro de la red en cuanto a las transformaciones simultáneas de las prácticas audiovisuales —profesionales, laborales, productivas, educativas, políticas, de ocio, de consumo— y de la redefinición intensa de los modelos industriales de producción, distribución y exhibición audiovisual en el marco de la significativa cultura de convergencia mediática contemporánea.

La revolución digital ha modificado radicalmente el sistema convencional de medios y mediaciones cognitivas contribuyendo a mutaciones culturales en la esfera pública que exigen una conceptualización distinta del proceso de mediación social desde el punto de vista de la ciudadanía. Se trata de repensar la construcción del campo comunicacional desde la ruptura y el desafío epistemológico que, en cierto modo, introduce la tecnología, en un escenario abiertamente de crisis, de debilidad del pensamiento crítico y, sin embargo, no obstante, de emergencia de un ser y pensar *Otro* visible que apunta a formular nuevas hipótesis de trabajo y matrices epistemológicas de un mundo emergente inédito a la par que singular en sus formas de expresión y organización social.

Un proceso que debe llevarnos a su vez a confrontar la teoría y la historia de los medios de comunicación, del arte y de la informática —así como las de otras posibles disciplinas afines a las que resultará fundamental atender— desde las intersecciones existentes entre arte, ciencia, cultura y tecnología en

el seno de las prácticas creativas y culturales contemporáneas, recorriendo para ello los estudios y el campo disciplinar propio de las teorías de la comunicación, pero asumiendo en todo momento que el hecho digital se inscribe a su vez en el seno de una revolución tecnocientífica en la cual ciencias (matemáticas, física, óptica) y tecnologías híbridadas con las primeras (telecomunicaciones, informática), han devenido el combustible posibilitador y acelerador del proceso de cambio del sistema social contemporáneo.

La emergencia de nuevas prácticas tecnopolíticas exige una mayor permeabilidad y apertura de la investigación si se quiere capturar el uso múltiple y variado de la información y el conocimiento por los actores sociales en el entorno de la cultura digital. La prevalencia del modelo o paradigma informacional de gestión y organización de la comunicación pública moderna, y la propia concepción científica de la Comunicología que ha venido cristalizando a lo largo de un siglo, están siendo de hecho impugnadas en la realidad por prácticas sociales y actividades de interacción política fluidas, por nuevas dinámicas de construcción y cooperación social en red. La necesidad de un nuevo enfoque metodológico y conceptual sobre la utilización de las nuevas tecnologías en procesos de cambio social y en la configuración de nuevas nociones de ciudadanía se ha venido haciendo evidente, dando lugar a nuevas preguntas y planteamientos de investigación que comienzan a vislumbrar hipótesis originales sobre la llamada cuarta revolución industrial.

Los entornos complejos del ciberespacio y las redes tecnológicas demandan en este sentido una investigación crítica capaz de describir y comprender las condiciones sociotécnicas del nuevo universo de referencia a partir de las prácticas y representaciones del imaginario de la tecnopolítica contemporánea. La investigación social apenas se ha replanteado, sin embargo, las nociones al uso de *espacio público* y de *cultura política* ante las formas emergentes de intercambio y acción colectiva.

La colección de trabajos que presentamos a continuación tienen precisamente por objeto pensar la reconfiguración del espacio público, fruto de la creciente mediación tecnológica

de los diferentes ámbitos de la vida, que se establecen como desafío no solo para la investigación en comunicación, sino para la propia sinergia entre innovación social, innovación tecnológica y desarrollo social desde el punto de vista de la interacción entre actores provenientes de diferentes ámbitos del campo social, siendo conscientes de que seguimos siendo prisioneros de la representación de la era del acceso (Sadin, 2018) que caracterizó el «momento Internet» de la historia de lo digital y que nos sigue suministrando, desde cada una de nuestras terminales, masas de informaciones a un costo casi nulo. En este sentido, confiamos que la inmersión en la lectura de este volumen contribuya a reformular el campo de debates y análisis de la investigación en comunicación. Si así fuera, y lográramos abrir un diálogo en esta dirección, los editores responsables de este libro nos damos —por descontado— plenamente retribuidos por nuestro trabajo.

Referencias

- Castells, M. (2013). *Comunicación y poder*. México: Siglo XXI Editores
- Christopherson, S. (2008). «Beyond the self expressive creative worker. An industry perspective on entertainment media». En: *Theory, Culture & Society*, vol. 25, n. 7-8, London: Sage Publications. p. 89-112.
- Hartley, J. (2008). «From the Consciousness Industry to Creative Industries: Consumer-created content, social network markets and the growth of knowledge». En: Holt, J.; Perren, A. (2008). *Media Industries: History, Theory and Methods*. Oxford: Blackwell Press.
- O'Reilly, T. (2007). «What is Web 2.0: Design patterns and business models for the next generation of software». *Communications & Strategies*, (1), 17.
- Sadin, E. (2018). *La silicolonización del mundo. La irresistible expansión del liberalismo digital*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Tapscott, D.; Wilkins, A. D. (2010). *How mass collaboration changes everything*. New York: Penguin Press.